

lexis

Vol. XXXII (2) 2008

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

FINKELSTEIN, David y Alistair McCLEERY. *An Introduction to Book History*. Nueva York y Londres: Routledge, 2005, 160 pp.

Alguna vez escuché a Anthony Grafton, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Princeton, preguntarse “¿Qué es la historia del libro?”, y luego decir: “Hay tantas historias del libro como libros”. Tal respuesta me resultó desconcertante por su sentido irónico hacia una disciplina que en las últimas décadas ha adquirido plena carta de ciudadanía en el medio académico. Pasado algún tiempo, volví a reflexionar sobre las palabras del profesor de Princeton y creí descubrir su verdadero sentido cuando me fui familiarizando con la literatura reciente sobre la historia del libro. Dicha literatura es enorme y variada: artículos, ensayos, notas, libros, reseñas, ponencias, conferencias, réplicas y contrarréplicas. Es comprensible que en medio de un corpus bibliográfico tan amplio, el interesado se sienta abrumado, desorientado y, por qué no decirlo, desalentado, y que termine pensando de modo similar que el profesor de Princeton.

An Introduction to Book History tiene por finalidad servir de guía al interesado en la disciplina. Aun cuando la historia del libro es un campo de estudio plenamente establecido en el medio académico, no faltará quien se pregunte por qué estudiar los libros. Los historiadores del libro, afirman Finkelstein y McCleery, deberían responder que la transmisión de los textos no es un proceso tan simple y directo como comúnmente se cree. Mucho puede ser aprendido a partir de la reconstrucción del proceso que va desde el creador al consumidor, al estudiar las estructuras de producción y comercialización, así como al analizar el impacto de la imprenta sobre la cultura. Sé, porque lo he padecido en carne propia, que cualquier autor está sujeto a las exigencias (a veces algo tiránicas) de su editor. Éste, muchas veces, recomienda la reelaboración de tal o cual parte del texto, para adecuarlo al público lector al cual se piensa destinar la obra. Adicionalmente, el editor participa en la producción de un libro que puede ser decisiva en la configuración formal

del texto, bien mediante sus sugerencias para el diseño, el formato y la extensión del libro, como en la proposición de las estrategias de comercialización que aseguren el éxito publicitario y la recepción. Asimismo, para nadie es un secreto que los autores cuando escriben tienen en mente a sus lectores. Es muy probable que aquel que olvide esto termine siendo relegado al olvido. Pero los libros no solo afectan a sus autores, sino también a sus lectores. La lectura de un determinado libro puede despertar pasiones como también vocaciones. Los efectos culturales y personales de los libros no son fácilmente mensurables. Como proponen Finkelstein y McCleery, los libros y la imprenta afectan a los “lectores” y consumidores de modo diferente a lo largo de sus existencias.

An Introduction to Book History consta de seis capítulos. El primero, titulado “Theorizing the History of Book”, pasa revista a las principales teorías y temas generales relacionados con la historia del libro. Se plantea la influencia de autores como W.W. Greg y Fredson Bowers, representantes de la *New Bibliography*, centrada en el estudio del texto como objeto material, y discute sus perspectivas de estudio. También son analizadas las ideas de autores como Don McKenzie, quien en las décadas de 1950 y 1960 introdujo la concepción de la “sociología del texto”, una forma de analizar en libro en un marco social y cultural más amplio; y de Robert Darnton, acaso de uno de los más influyentes investigadores en las últimas décadas, autor del “circuito de comunicación”, un esquema para entender la circulación de los textos en la sociedad.

El segundo capítulo, “From Orality to Literacy”, se ocupa de cómo la escritura ha sido integrada en los estudios sobre la historia del libro y la historia de la comunicación social. Presta atención a la manera en que las tradiciones orales fueron incorporadas en la temprana cultura escrita manuscrita. Un aspecto importante de la oralidad y del discurso oral es su dependencia de la memoria y la repetición. Desde antiguo, diversas sociedades, entre ellas las más primitivas, desarrollaron recursos nemotécnicos para fijar en el oyente el conocimiento. Con el paso del tiempo, las culturas manuscrita e impresa retuvieron muchas de las tradiciones del discurso oral:

repetitivo por naturaleza y concebido como un monólogo con uno mismo. Así, en la Inglaterra del siglo XI, Eadmer de San Alban comentaba para sí que escribir era comparable a dictarse sus propios manuscritos, mientras que Santo Tomás de Aquino, quien empleaba copistas para sacar en limpio sus manuscritos, componía y organizaba sus textos en formato cuasi-oral. En cada sección, Santo Tomás incluía una lista de objeciones que un imaginario interlocutor podía presentar a sus ideas, un resumen de sus propias ideas y una detallada respuesta a cada pregunta planteada por el interlocutor imaginario. Como bien señalan Finkelstein y McCleery, la cultura impresa, como lo había hecho la manuscrita, conservó las formas conversacionales.

“The Coming of Print” es el tema del tercer capítulo. Detalla el desarrollo del libro desde la invención de la imprenta a mediados del siglo XV. Los autores analizan aspectos tales como los libros antes de la imprenta; la vida y obra de Johann Gutenberg; la difusión de la imprenta en Europa; su rol como medio de propaganda al servicio de la reforma protestante; y el libro y el saber desde el Renacimiento hasta los tiempos actuales.

El cuarto capítulo, “Authors, Authorship and Authority”, precisa la evolución de estos tres conceptos a lo largo del tiempo. Se inicia con el examen de las definiciones medievales de autoría. Finkelstein y McCleery recuerdan cómo en la Edad Media, cuando la producción de los manuscritos se llevaba a cabo principalmente en contextos religiosos o eclesiásticos, los autores fueron con frecuencia considerados como reproductores, compiladores, anotadores o comentaristas. Así, por ejemplo, San Buenaventura definía al escritor (*scriptor*) como aquel que transcribe material compuesto por otras personas sin cambiar o añadir nada; al compilador (*compilator*) como aquel que copia material compuesto por otros, reuniéndolo pero sin añadir nada propio; al anotador (*commentator*), como aquel que escribe materiales pertenecientes a otros y propios, aunque estos últimos son añadidos con el fin de aclarar los primeros; y al autor (*auctor*) como aquel que escribe materiales tanto propios como ajenos, pero son los suyos los más importantes —los de los

otros son incluidos con el fin de ratificar los propios. Las cuatro categorías de San Buenaventura se centran sobre la reproducción mecánica de pensamientos e ideas. No consideraban importante, según Finkelstein y McCleery, un aspecto que nuestra sociedad encuentra central en la escritura, a saber, su cualidad de ser una actividad capaz de crear literatura imaginativa, información e interpretación intelectual.

También durante la época medieval, la “autoridad” se concebía como algo que podía existir en un texto independientemente de su vínculo con un “autor”. Las referencias medievales a textos de Ovidio, San Agustín y otros no asociaban o atribuían veracidad o verdad en la obra al genio creador de un autor individual, sino que asignaban “autoridad” a la verdad del texto mismo. En opinión de Finkelstein y McCleery, la introducción de la imprenta redefinió la autoría como una actividad creativa que podía reportar fama y fortuna. También son examinados el rol del patronazgo en la promoción y condicionamiento de la producción textual, y los derechos de autor desde su aparición a inicios del siglo XVIII. El capítulo concluye con algunas consideraciones acerca de la concepción de autoría de los tiempos actuales.

Como se ha visto, *An Introduction to Book History* es un texto bastante ambicioso, porque son muchos los aspectos tratados a lo largo de sus páginas. Algunos temas han sido tratados de manera detenida, mientras que otros de forma limitada. Me hubiera gustado ver tratado, por ejemplo, el tema de la censura —es decir, las formas de control sobre el discurso— con mayor detenimiento. Muchas veces se ha visto la labor de los censores como negativa, pero nada más equivocado. Como bien lo ha hecho notar Raymond Birn, la censura no solo fue represiva, sino que también podía ser constructiva, ya que no pocas veces —como hoy en día— los censores (o evaluadores) sugerían al autor cambios a fin de hacer más inteligible o atractiva la lectura de su obra. Creo no equivocarme al decir que pocos libros han sido los que han escapado de alguna forma de censura, trátese represiva o constructiva. De esto se desprende una interrogante: ¿en qué medida el texto impreso refleja la opinión de su autor?

No quiero dejar de mencionar que, aun cuando *An Introduction to Book History* se anuncia como un estudio comprehensivo sobre el desarrollo de la cultura de lo impreso en el mundo occidental, la historia del libro en el mundo de habla hispana está ausente. Si la voluntad de los autores era prescindir de esa realidad cultural, habría sido oportuna una aclaración al respecto. Por añadidura, en dicha obra son perceptibles algunos errores de información —acaso el más grave es el de atribuir el uso de los *quipus* a los mayas, cuando en realidad eran artefactos propios de las culturas que habitaron los Andes centrales en América del Sur.

Pedro Guibovich
Pontificia Universidad Católica del Perú